

LA COMUNICACIÓN URBANA EN LA CIUDAD DE LIMA

Teresa Quiroz

Pretender dar una visión global, real, acabada de lo que es el Perú hoy, resulta evidentemente pretencioso. Sin embargo, quisiera describir algunos de sus rasgos actuales en relación a la vida social y la comunicación, cuáles son los problemas que explican un país caracterizado por la exclusión permanente de las mayorías de la vida social y progreso, estremecido por la desconfianza y el temor de una vivencia cotidiana de la violencia, al lado del desarrollo de formas de sobrevivencia, solidaridad y autodefensa. De cómo concepciones pretendidamente modernas emparentadas con el acceso a bienes de consumo y el uso de productos culturales de los países más desarrollados se articulan a visiones conservadoras, parciales, singulares, y a otras vinculadas a la concepción romántica de un mundo andino puro, que en realidad está desapareciendo.

Es difícil ofrecer un panorama coherente de mi país, donde conviven visiones, situaciones y propuestas enfrentadas. Las prácticas de comunicación de los diversos sujetos bajo diferentes modalidades y formas están cargadas de sumisión y de violencia, de independencia y subordinación. Desde una perspectiva globalizante es imposible dar cuenta de los matices, diferencias y contradicciones que caracterizan la vida social urbana de los peruanos. Intentaremos, por lo tanto, emprender otro rumbo.

El Perú es un país profundamente centralista, tal vez el más centralista de América Latina. Se encuentra concentrada en la capital casi el 30% de la población nacional (7'000 de habitantes), y el 70% de la actividad productiva del país¹. Debido al intenso proceso migratorio, la ciudad de Lima (a la cual nos referiremos en particular), es escenario de las formas más diversas y variadas e incoherentes de organización del espacio físico, de formas de comunicación y expresión cultural.

Paradójicamente el Estado Peruano es absolutamente centralista, pero sumamente débil, está ausente, deformado, corrompido. Se ha reducido a las cámaras de senadores y diputados, y a la burocracia estatal. Coexisten al lado otras formas de relación que no emergen del Estado, sino fuera de él, en este país de relaciones personales y de caudillos. Es así que el centralismo constituye uno de los factores más claros de división del país. Esta situación hace que el Perú, además de otras grandes diferencias estructurales pueda dividirse entre Lima y el resto. No solo se trata de lo urbano y de lo rural, sino de lo limeño y lo no limeño. El sector moderno está concentrado en ciertas zonas de la capital, y el resto del país vive sumido, no sólo bajo relaciones que no tienen nada que ver con la modernidad, sino dentro de un universo de expectativas muy limitado.

Intentemos mirar esta realidad en la coyuntura político-electoral que vive el país, previa a las elecciones municipales de noviembre próximo y de las presidenciales de abril de 1990, como una puesta en escena de lo que ocurre en la conciencia y el sentir de los peruanos, que tanto los grupos de derecha como los de izquierda quisieran encaminar de acuerdo a sus propios intereses. Los partidos y sus representantes que están en carrera por conquistar el voto popular toman conciencia de que no es suficiente tener un programa, hacer un plan, proponer alternativas técnicamente coherentes. De lo que se trata es de conquistar el voto de la gente, hay que llegar a su sentir. Y ¿cuál es ese sentir? La adhesión de los peruanos, en toda la historia republicana a propuestas políticas y personajes políticos nunca ha sido vía la ideología, vía el convencimiento sobre el discurso coherente de alguien, y la propuesta de un partido. Por el contrario, fue y sigue siendo la esperanza casi religiosa de que el líder se eleve por encima de las circunstancias y las cambie. Ejemplos sobran: fue la imagen de salvador del Perú de

Haya de la Torre, Belaunde el reformista primero, el constructor y planificador después, más adelante Alan García, el joven que prometía la unión de todos los peruanos. Hoy Vargas Llosa proyecta la imagen del intelectual de éxito que ha accedido a la universalidad al Perú y lo llevará a donde está él. Sin embargo, y prevaleciendo esta característica, hoy tal vez más que nunca, la opción política de los peruanos está articulada con la crisis y la coyuntura económica por la que atraviesa el país y con las necesidades de una población cuyas carencias son tan grandes, que sólo busca soluciones concretas. ¿Qué hacen hoy los candidatos?. Todos recorren los pueblos jóvenes, los barrios marginales, los mercados, hablan con las mujeres, buscan llegar y tomar contacto con las asociaciones espontáneas de la población. Algunos constatan recién, que hay pobreza y acompañan su campaña de spots televisivos en los cuales se adapta el comercial de un detergente (el más exitoso) al de su candidato.

¿CÓMO HA IDO CAMBIANDO LA CIUDAD DE LIMA?

A partir de los años '30, crecen en el Perú en tamaño e importancia las masas urbanas, específicamente en Lima, siendo grande el descontento de los sectores medios y populares. El país tenía un poder político débilmente centralizado, salvo el ejército, único poder nacional. La integración económico-social era muy débil y el campesinado se encontraba prácticamente al margen de la vida política, social y cultural. Después de los '30 se aceleran ciertos cambios que propician el desarrollo del comercio, y la expansión del Estado vinculado a intereses foráneos. Fruto de las migraciones desde comienzos de siglo se incrementó el número de artesanos, lavanderas, anticucheras, barrenderos y en menor medida trabajadores proletarizados, quienes a través de diversos movimientos buscaban «decidir sus destinos, ser alguien y así enfrentarse contra una sociedad al interior de la cual se sentían dominados y menospreciados»².

Hasta los años '50 Lima era aún una ciudad en que los pobres que venían de fuera se instalaban en los arenales que la rodeaban, y circulaban sólo marginalmente. Este no fue exclusivamente un fenómeno espacial, sino que los valores, costumbres y bienes culturales del provinciano, específicamente andino, estaban excluidos y éstos se veían obligados a adaptarse a formas y patrones pre-establecidos, a cuenta de una integración precaria.

Los años '50 marcan en el Perú el inicio del desarrollo industrial que trajo como resultado un proceso de urbanización. Se incrementaron las vías de transporte, los mercados de productos, se ampliaron los servicios públicos y los medios de comunicación. Esto se produjo al lado del boom demográfico y de un crecimiento de las clases medias, así como el surgimiento de nuevos grupos empresariales. La crisis agraria, la escasez de tierras (sólo un 2.1% de las tierras son cultivadas y su uso potencial sólo puede alcanzar un 6%) y los incentivos de la modernización urbano industrial estimularon el éxodo de los jóvenes de las comunidades y las haciendas serranas hacia las ciudades. Este camino hacia Lima y las capitales de departamento produjo una serie de cambios culturales en las formas de organización social y existencia de quienes venían y en la fisonomía y costumbres de la vieja Lima señorial, la «ciudad blanca y criolla»³.

A partir de los años '50 Lima empieza a sufrir una serie de cambios: nuevos migrantes siguen llegando y poblando los arenales, «desordenando la ciudad tradicional», como lo indica el sociólogo Carlos Franco: «libres de las ataduras ancestrales a la tierra, usando en su favor los recursos de una escolaridad precaria, empeñándose en el dominio de un castellano hostil, inventando un abanico sorprendente de nuevos oficios, aprendiendo en la radio a pilas y en los usos del comercio marginal el secreto de las ciudades y las costumbres criollas, ellos fueron silenciosamente a veces, violentamente en otras, pene-

trando las ciudades o concentrándose en sus fronteras cuando ello fue posible»⁴.

Se fue creando en Lima una arquitectura irregular producto de viviendas que eran levantadas con modelos funcionales a las necesidades de sobrevivencia y trabajo de los migrantes. Surgieron prácticamente ciudades paralelas, se invadieron tierras y se constituyeron comités de vecinos, familias enteras ocuparon las zonas y el suelo, paisanos de zonas del interior del país con lazos familiares y de lugar de origen lucharon por sus títulos de propiedad y el acceso a servicios. Este proceso culminó al tiempo que los espacios invadidos y organizados se convirtieron en lo que hoy en día son distritos de la capital. Expresión de la magnitud de esta situación es que el área cubierta por los pueblos jóvenes duplica a la del resto de la ciudad.

La ciudad de Lima se había caracterizado siempre por la discriminación hacia lo provinciano, particularmente lo indígena. Sin embargo, empieza a perder valor, peso y continuidad esta ideología que prevaleció hasta antes de la fuerte migración. Espacialmente la ciudad va perdiendo el sentido de lo que fue tradicionalmente el centro, y el espacio forzosamente se democratiza, hecho que obliga a admitir otras costumbres y formas de existencia. Los distritos exclusivos se ven atravesados por otros rostros. Los sectores altos se desplazan a otras zonas, y buscan preservar su independencia.

Los provincianos en Lima crean toda una red de clubes provincianos en distintos puntos de la ciudad, donde se reúnen a celebrar sus fiestas patronales y ayudar a los recién llegados a la capital. Logran así mantener contactos con sus comunidades de origen, al mismo tiempo que se socializan a la vida limeña. Expanden contradictoriamente la presencia andina en una ciudad profundamente criolla.

«... Por ellas (las compuertas que fueron cerradas herméticamente durante dos siglos) los cholos irrumpieron masivamente. Se apoderaron de las calles, plazas y rincones de las ciudades imponiendo su presencia abigarrada y colorida (...). Cambiaron la clave melancólica de valeses y boleros por la sonoridad ondulante de cumbias y rocks andinos, que reemplazaron en su memoria al dulce lazo musical con que los huaynos ataron a las primeras generaciones de migrantes a sus predios nativos. Impusieron en las radios los aires sonoros de la chicha, la difusión de sus fiestas dominicales, sus saludos a las familias que dejaron en las alturas, al tiempo que penetraron en los diarios obligándolos a difundir los espectáculos de sus coliseos y peñas, los problemas de la vida provinciana y regional, la actividad de sus clubes y la celebración de sus fiestas patronales (...). Penetraron en las plazas con sus brujos y adivinadores, herbolarios, y yerberos, charlatanes y mimos callejeros, grupos musicales y vendedores de frutas y suertes. Invadieron las playas los fines de semana con sus familias y ollas de comida. Se enseñorearon en las calles con sus pantalones acampanados, sus correas con hebillas de metal y sus polos plenos de inscripciones de un inglés secreto y, a veces, indescifrable(...). Variaron las reglas culinarias, las modas del vestir, la sintaxis del castellano, los horarios de la ciudad, las rutas de tránsito, la geografía de los emplazamientos, los usos de la relación social. En suma, transformaron la cultura urbana y tradicional»⁵.

Mención especial merece la música chicha, mezcla del huayno y del rock, pues constituye la primera expresión masiva industrial del sector migrante, desde la ciudad. Alcanzó un éxito sorprendente y batió todos los récords de venta. La producción de discos de música chicha no baja de 100,000 ejemplares por título, son producidos por disqueras informales y ni lejanamente pueden competir con otro tipo de música.

Más allá de estos aspectos, los migrantes en Lima tuvieron que enfrentar los problemas de la

sobrevivencia relacionados con lugares de vivienda, el agua, asfaltado, alumbrado, carencia de servicios de salud, educación y transporte (a pesar de todo en mejores condiciones que en el campo).

¿CÓMO SE DESARROLLAN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Las primeras organizaciones territoriales o vecinales que surgen a fines de los '60 se configuraron alrededor de grandes reivindicaciones barriales, como la titulación y el equipamiento. Los problemas de la sobrevivencia cotidiana no constituían en un primer momento problemas que atañían a las organizaciones. En todo caso, los pobladores individualmente buscaban soluciones particulares, del tipo de donaciones del Estado, la Iglesia o instituciones de promoción popular. La población marginal fue arrastrada, en virtud de estas necesidades, tras los intereses electorales de quienes aspiraban al poder político, a cambio de grandes ofrecimientos e insignificantes regalías.

Esta situación empieza a cambiar con la crisis de los '80, cuando el problema de la sobrevivencia pasa a ocupar un lugar prioritario en la lucha social y se trazan estrategias diversas para enfrentarla. Por consiguiente, serán las mujeres en primer lugar y los jóvenes en segundo quienes asumirán el liderazgo de estos movimientos a través de comedores populares, comités de salud y del propio sector informal.

Cabe subrayar la importancia que tiene la mujer en los barrios populares de Lima, frente a una reducción del rol del hombre a este nivel. Es notoria su participación en organizaciones como clubes de madres, comités del vaso de leche y actividades de diverso tipo. Su participación en los problemas del barrio y en la atención al déficit de servicios la ubica en un lugar privilegiado, además de su ya probada efectividad en la administración de estas instituciones. Muchas explicaciones pueden darse a esto, pero quisiera destacar aquella relacionada con el sentido del tiempo que tiene la mujer, del uso de ese tiempo, por las condiciones en que se desenvuelve: se ocupa de la sobrevivencia de la familia, trabaja (llegando a un 40% en el sector informal) y dirige organizaciones vecinales de desarrollo. Es decir, desempeña un lugar en la familia, cumple un rol económico y una función social en la comunidad a la que pertenece⁶.

Frente a la lucha por la sobrevivencia se da de una parte una respuesta productiva, a través de unidades económicas familiares que producen bienes a través del trabajo de artesanos, mecánicos, en talleres, etc. Por otra, se diseñan estrategias que están vinculadas básicamente con la alimentación y la salud. Si consideramos que la alimentación representa entre el 50% y el 75% del gasto de la familia urbano-popular y que los niveles de morbilidad y mortalidad son muy elevados, podemos entender a qué necesidades responden. En la búsqueda de soluciones se recurría antes a donaciones individuales, de parroquias, o al servicio particular de profesionales de la salud. Hoy se crean programas organizados a partir de donaciones en algunos casos, o sin ellas, pero con el trabajo de los pobladores. De igual modo ocurre con la salud, que empieza a plantearse como un asunto de defensa colectiva.

La mujer se ha convertido en el centro de la vida de barrio y desarrolla diversas prácticas sociales, a partir de las redes informales de parentesco y vecindad, cuyo punto de partida es el ser VECINO, creando formas de solidaridad a través de las organizaciones mencionadas.

La presencia de la mujer ha ido indudablemente cambiando. Esta había sido siempre «invisible» en la comunidad, o en todo caso aparecía cuando las luchas de sus esposos así lo requerían, participando a través de ollas comunes, banderolas y marchas de solidaridad. Su trabajo doméstico la aislaba del espacio público. Y es que el mundo del trabajo y el de la lucha social constituían el espacio público,

mientras el de la familia, la comida, la ropa, la salud, constituían el espacio privado. La crisis, la pobreza, la exclusión, hacen estallar las fronteras entre los espacios públicos y privados. El ámbito de la familia, la alimentación diaria y la salud, antes privados, se convierten en un asunto público y colectivo, y la mujer lo lleva al seno de la comunidad. Un ejemplo muy claro es la creación de comedores populares, donde se reúnen alrededor de 20 familias, las cuales se organizan recogiendo algunas donaciones y los aportes de cada familia de acuerdo a las raciones que necesitan, con el fin de ofrecer a sus miembros este servicio esencial.

El éxito de los comedores es notorio. Son estables gracias a la gran dedicación de la mujer. Van logrando autonomía y se van centralizando en coordinadoras zonales y distritales. Ya se han realizado Encuentros de Comedores Populares, los cuales hacen sentir sus reivindicaciones, se enfrentan a los municipios, consolidándose la mujer como actor social y político. Podemos mencionar que en el año 88 había más de 800 comedores populares, más de 7,000 comités del Vaso de Leche y varias decenas de comités de salud.

Lo popular en este contexto es muy heterogéneo y diverso. Es insuficiente el criterio de clase social para explicarlo. La noción de identidad de quienes componen la vida de los barrios o pueblos jóvenes es la pertenencia a ese espacio que se comparte, y es por lo tanto el ser VECINO. La ciudadanía, es decir, la pertenencia al país más grande, se asume como vida vecinal y apartir de ella se da la relación con el Estado y el resto de la sociedad. Ante la lejanía frente a un Estado que cada vez tiene menos relación con las soluciones a sus problemas inmediatos, los pobladores desarrollan una mínima capacidad de actuar sobre sus propias condiciones de vida y ofrecer soluciones concretas.

Esta visión de lo que ocurre en la Lima de hoy, que sugiere incluso hasta una economía de solidaridad con nuevos lazos en el ejercicio de la vida local, de afirmación de independencia, no convive necesariamente con propuestas más modernas. Dentro de esta realidad comunicacional y organizacional de los sectores populares, que se afirman como sujetos sociales y políticos se sigue pensando con gran ilusión que Mario Vargas Llosa (del FREDEMO), o Alfonso Barrantes (líder de la izquierda), candidatos a la presidencia de la República, solucionarán todos sus problemas; se siguen depositando esperanzas en los personajes políticos o los caudillos. Y por otro lado subsisten también el temor y la desconfianza, la violencia y la enorme frustración de los jóvenes que, justamente por esto son convocados por Sendero Luminoso, al que se adhieren no por su pureza ideológica, por sus planteamientos, sino por sus prácticas. Este movimiento desarrolla una prédica de igualdad, de no discriminación, otorgándoles un lugar⁷.

¿Qué ha ocurrido entonces en Lima con la organización del espacio y del tiempo de la vida, de la familia, del trabajo, de la diversión? Si nosotros prendemos el televisor y vemos los noticieros nos encontramos (a pesar de todos los elementos que habría que considerar referentes a sus intereses empresariales) con un país que aparece diferente al de diez años atrás. Las grandes luchas obreras por mayores salarios frente a las empresas, las grandes reivindicaciones han pasado a un segundo lugar, y las pantallas de televisión están inundadas de amas de casa en los mercados pidiendo que bajen los precios de las subsistencias, por pobladores demandando ajustes en los precios de las medicinas, mujeres llorando a sus maridos muertos en actos de violencia terrorista y pidiéndole al Estado proteja a sus hijos. Se ha producido un desplazamiento de problemas y del destinatario de los reclamos. Como lo sugerimos anteriormente, lo que antes constituía un asunto de carácter privado, hoy en día se exhibe públicamente a través de los medios de comunicación. Parte de lo que es esta ciudad llena de mezclas y matices, que padece una modernidad mutilada, donde conviven dos sociedades y concepciones que

se mezclan y se separan son, por un lado, el enorme consumo de la industria cultural, de productos importados, al lado de prácticas tradicionales fundadas en su propia valoración.

La comunicación masiva se encuentra crecientemente extendida en el país. En Lima, en plena crisis e hiperinflación hay 7 canales de televisión, de los cuales uno es estatal y los demás son privados. Más del 85% de la población tiene por lo menos un televisor en su casa. La radio es un medio de consumo difundido a nivel popular y circulan alrededor de 15 diarios. La población fuera de Lima se organiza para adquirir sus antenas y poder recibir la señal de los canales y el caso del canal 11 en la capital es ilustrativo porque se trata de una empresa de accionariado difundido. El 70% de las acciones han sido adquiridas por 110,000 socios a través de un movimiento que alcanzó un importante grado de movilización. El socio mayoritario de este canal, que se presenta siempre como un benefactor y un «hombre positivo» ha formado un movimiento independiente llamado OBRAS, desvinculado de todos los partidos políticos, que lo lanza como candidato a la Alcaldía de Lima en el mes de noviembre, y se encuentra encabezando todas las encuestas.

Este sintético recuento busca solamente completar el cuadro que queremos ofrecer y dar el marco dentro del cual se pueden explicar los problemas de los movimientos urbanos. Esos sectores de la población capaces de luchar por sus propias reivindicaciones y resistir defendiendo sus orígenes consumen a su vez amplia y cotidianamente los medios masivos y siguen ilusionados con los líderes políticos que solucionen sus problemas.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA COMUNICACIÓN URBANA

Esta visión rápida, sin duda apresurada, que ha pretendido en 15 minutos decir algo de lo que es mi país hoy, se emparenta con las características que el desarrollo urbano y sus movimientos han tenido en los países latinoamericanos. Por ese motivo, algunas reflexiones finales.

Aquellos conceptos que pretendieron identificar ciertas manifestaciones como movimientos de clase social, como luchas por una definición social, histórica, son insuficientes para entender lo que hoy ocurre. De lo que se trata es de comprender las ciudades y el lugar de los sujetos sociales en estas, cómo se la apropian, cómo la usan, qué significado social le otorgan. Y este proceso está lleno de conflictos y contradicciones, de procesos de dominación y resistencia. La relación con la ciudad no es sólo de carácter económico, por los tipos de trabajo o por los materiales y formas arquitectónicas utilizados. Tiene que ver con los usos, las percepciones, los sistemas de representación que cargan los sujetos, las personas, los movimientos y los grupos, que acceden a recursos distintos y provienen de culturas diferentes. Se trata de tomar en consideración al Estado que impone un modelo de ciudad, y por otro lado las formas de resistencia o «recreativas» que desarrollan los movimientos populares en la manera de vivir, el sentido de la familia, los problemas de género, etc.

La modernización de las ciudades llevó a una organización del territorio y a una asignación de sentido social a la ciudad basados en la concentración de los medios de producción, mercados y medios de consumo en un área metropolitana, a una especialización en la localización espacial de acuerdo a los intereses del capital y a la eficiencia de la producción industrial. Todo esto acompañado o dentro de un modelo informacional que tiende a la desconexión entre las personas y que conduce necesariamente a una separación entre la vida de la gente y la dinámica de la urbe, donde lo cotidiano se desnaturaliza. Frente a este significado social de la ciudad que le dan las clases dirigentes, surgen los otros de los movimientos sociales.

Después de los años '70 los problemas de la vivienda, la escuela, la salud, los servicios varios, la cultura, se convierten en asuntos centrales a ser solucionados y el problema del salario no es la única bandera de lucha. Surgen movimientos reivindicativos relacionados con los servicios urbanos que reclaman al Estado. Estos movimientos urbanos están orientados a lograr una ciudad en que los servicios no constituyan una mercancía, sino que se dé prioridad a su valor de uso, y que satisfagan necesidades básicas de existencia. Por otro lado, a defender el sentido de comunidad y las formas de gobierno local en los barrios, a través, por ejemplo, de la autogestión urbana, el ámbito municipal, las actividades distritales, entre otras.

Estos movimientos locales se producen en el contexto de un Estado mucho más centralizado, donde los juegos de poder no son ni siquiera nacionales. Los movimientos populares dejaron de lado el propósito de controlar el conjunto de la economía, pero la buscan y luchan en el terreno espacial más inmediato: en el hogar, en el barrio, en las ciudades. La modernidad pretende borrar las diferencias culturales, de grupos, étnicas y religiosas, pero «la gente sigue hablando su lenguaje, rezando a sus santos, comiendo sus comidas, celebrando sus fiestas locales...» Defiende este ámbito desde los niveles más inmediatos y locales. «Y así, cuando la gente se ve incapaz de controlar el mundo, simplemente reduce éste al tamaño de su barrio»⁸.

Notas.-

1. Tejada Chauca, Alfredo. INFORMACION ESTADISTICA: PERU 1988. POBLACION, PRODUCCION, EMPLEO, INGRESOS, RECURSOS. Universidad de Lima, 1989.
2. Flores Galindo, Alberto y Burga, Manuel. APOGEO Y CRISIS DE LA REPUBLICA ARISTOCRATICA. Ed. Rickchay Perú N° 8. Lima, 1979.
3. Franco César. INFORMALES: NUEVOS ROSTROS EN LA VIEJA LIMA. CEDEP. Lima, 1989.
4. Franco Carlos. NACION, ESTADO Y CLASES: DEBATE EN LOS 80. En Socialismo y Participación N° 29, CEDEP, Lima, 1985.
5. Ibid.
6. Díaz Albertini, Javier. LA PROMOCION URBANA: BALANCE Y DESAFIOS. DESCO, Lima, 1989.
7. Entrevista con Jaime Urrutia: AYACUCHO: UN RINCON PARA VIVIR? Revista Quehacer No. . DESCO, Lima, 1989.
8. Castells, Manuel. LA CIUDAD Y LAS MASAS. SOCIOLOGIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS. Alianza